LA MUJER DEL LAGO.

Tras el cristal empañado de la ventana se asoma la silueta de aquella mujer a la que había visto una sola vez, cuando era niño, pero que ahora de anciano todavía recordaba cada noche de tormentas. Detrás del cercado blanco que circunda los macizos de flores, ella lo mira con sus ojos violetas que brillan como luceros mientras la lluvia, estrepitosa, raya la intemperie con tintes platinados cada vez que centella la luz intermitente de un relámpago. Ella realmente no está parada detrás del cercado, mirándole, pero el anciano imagina su silueta como la vio aquella noche de tormentas y lluvia; controlando las gotas, los rayos, el viento, los relámpagos y las hojas pululantes con un canto tan sensual como ominoso del que nadie supo nada excepto él, quien guardó silencio durante tantos años creyendo que lo tacharían de loco. A veces él también pensaba que estaba loco. Aquello que ocurrió en el lago fue un suceso tan aislado y repentino como el avistamiento de un cometa. Algo que solo se contempla una sola vez… pero no en su cabeza, no en sus recuerdos, allí dentro siempre está lloviendo mientras ella sigue cantando canciones arcanas.

Los parches negros de la edad que motean la piel de sus manos mojadas por el chorro del grifo relucen como pequeños charcos de alquitrán que le advierten que ya no puede salir allá afuera, a la lluvia, para buscarla como siempre hizo durante las noches de lluvias y tormentas. La última vez que lo intentó agarró una gripa que lo mandó a la cama por varias semanas, sintiendo que moriría. Pero no murió. De aquella insensatez solo ganó una fiebre intensa y las lágrimas de su nieto que ahora espera por el chocolate caliente que le prometió; así como también prometió que no volvería a caminar por el bosque durante las noches de lluvias y tormentas. Entonces cerró el grifo, lavó su plato en el fregadero, secó sus manos y regresó a la mesa de la cocina no sin antes regalarle una última sonrisa al cercado blanco que se alza más allá de la ventana, en donde no hay nadie mirándole, solo la lluvia y arboles tremolantes.

—Aquí tienes tu chocolate, mijo —dijo el anciano.

El chico lo recibió con ambas manos y bebió un sorbo que lo obligó a arrugar la cara.

—Está caliente — Dijo.

—Pues lo acabo de sacar de la tetera —contestó el anciano—. Primero debes soplarlo y después beber un sorbito.

El chico obedeció y está vez sonrió en lugar de arrugar la cara.

—Está bien amargo —dijo.

─Siempre me dices la misma mierda, pero igual te lo bebes.

─Que esté amargo no quiere decir que sea feo, abuelo.

─Ah, ¿no?

─No. Tan solo mírate a ti.

Ambos rieron y luego bebieron sus chocolates en silencio. Sobre la mesa había papeles regados, lápices, cuadernos y otros libros de la escuela. Él chico les decía a todos que su abuelo lo ayudaba con las tareas de la escuela, pero el anciano lo único que hacía era acompañarlo, leyendo alguna novela en silencio mientras él cumplía con sus deberes de la escuela, también en silencio. Ambos disfrutaban del tácito afecto de una taza de chocolate y el mutismo de la compañía; sin embargo, esta era una noche de tormentas y lluvia: su abuelo estaba inquieto y toda su atención, en lugar de la novela que tenía entre sus manos, estaba puesta en la ventana sobre el fregadero. Cada relámpago reavivaba su ansia por salir a la noche.

─¿Quieres salir allá afuera, verdad, abuelo?

─No, no, no, solo miraba por la ventana.

─Mirabas porque quieres salir.

─Sí, sí quiero salir.

─¿Por qué lo haces?

─Me gusta la lluvia.

─A mí también me gusta la lluvia. Pero tu solo sales cuando llueve de noche.

─Supongo que me gusta más cuando llueve de noche.

El chico guardó un momento de silencio mirando a su abuelo, dubitativo, antes de regresar a sus tareas. Al rato alzó la mirada y dijo: ─Mi papá dice que estás buscando algo en el lago.

─Tu papá es un pendejo.

─Para ti todo el mundo es un pendejo, abuelo.

─Tu no me pareces un pendejo.

─No, todavía no, pero en unos años lo harás.

Ambos rieron.

─Sí, él dice que estás buscando algo en el lago ─continuó el chico─. Pero no sabe que estás buscando, y cuando te lo pregunta, me dice que tú nunca le contestas nada.

─Porque no hay nada que contestar.

─De pronto no a él, abuelo. ¿Pero qué hay de mí?

El anciano miró por unos segundos aquellos ojos joviales y acuosos que se asomaban por encima de la taza de chocolate que ahora bebía. Luego posó la la taza sobre la mesa, sonrió y el chico preguntó otra vez: ─¿Qué hay de mí, abuelo?

─No sé qué hay de ti, mijo.

─No te hagas el bobo, abuelo. Por favor, dime por qué lo haces. De verdad creo que merezco saberlo después del susto que me disté la última vez: yo fui el que te cuidé.

─Me cuidó la enfermera.

─¡Pero yo ayudé!

─A mover un solo mueble y un par de tazas.

─Bueno, abuelo, algo es algo.

─¿Y acaso me lo estás sacando en cara?

─¡Pues claro que te lo estoy sacando en cara!

Ambos guardaron un momento de silencio y luego se echaron a reír.

─Bueno… Está bien. Te lo contaré.

─¿De verdad?

─Sí, pero debes prometer que no se lo contarás a nadie. En especial a tu papá que se ríe de todo.

─Nunca te traicionaría, abuelo.

─Yo sé que no, mijo ─Dijo el anciano, dándole varias palmaditas en la mano─. Yo sé que no.

El chico guardó silencio, expectante, bebiendo su taza de chocolate. En tanto al anciano, miraba a través de la ventana de la cocina, hacia el cercado, rememorando un recuerdo que le encantaba y a la vez le aterraba. Poco a poco el cercado se difuminó entre la bruma de sus recuerdos, y, en su lugar, apareció un tobogán cerrado en el que solía jugar antes de que el lugar pasara de ser un pequeño colegio a un condominio de edificios. ─Lo único que no recuerdo de aquella noche es cuantos años tenía. ─Dijo el anciano─. Supongo que tendría tu edad.

─¿Trece años? ─Preguntó el chico.

─ Sí, ─Contestó el anciano─. O quizás un año más o dos años menos, pero en fin…

Afuera, más allá de la ventana, antes había un columpió de madera junto a un sube y baja y un tobogán cerrado. Estos edificios fueron alguna vez un colegio que construyeron junto a ese bosque del que ya no queda casi nada, solo el lago y unos cientos de árboles. Yo solía jugar con tu abuela y otros niños en ese parque que estaba donde ahora está el cercado blanco. Pocas veces usábamos el tobogán porque en el interior tenía unas abolladuras que te hacían saltar de un lado para otro cuando te lanzabas; además, allí dentro olía a orinas y cigarrillos. Los chicos y las chicas más grandes que nosotros se metían y no salían por varios minutos, a veces hasta horas, supondré que ya sabes por qué. Pero en fin… aquel tobogán solo lo usábamos durante los días lluviosos porque podíamos deslizarnos con más rapidez sin necesidad de golpearnos con las abolladuras que tachonaban su interior; además, también nos gustaba aterrizar sobre un charco grande que se formaba al pie del tobogán para chapotearlo en el aterrizaje como en uno de esos parques acuáticos. Éramos pobres y aquello era lo más parecido a un día de piscina.

Una noche, muy parecida a esta, llovía a raudales y el charco que se formaba al pie del tobogán estaba doblemente crecido de lo habitual. Había llovido durante todo el día. En ese entonces yo iba al colegio en horas de la tarde, y una vez que llegué a la casa, me desvestí y salí en busca de mis amigos para arrastrarnos por el tobogán, pues, como te dije, el charco estaba bien crecido y pensé que los chapoteos de aterrizaje serian magníficos. Desafortunadamente, mis amigos, como nunca antes, no se encontraban disponibles para jugar: Andrés rompió un adorno que su madre guardó con recelo durante más de veinte años, así que lo castigaron por una semana o un mes, ya no lo recuerdo; Cesar, otro amigo, derramó chocolate sobre el mantel favorito de su madre y también lo castigaron; y en tanto a tu abuela, simplemente estaba enferma. Así que estaba solo. Pero no me desanimé ni me sentí triste. A mí me gustaba la lluvia y me deslizaría por el tobogán ya fuera con mis amigos o sin ellos.

Durante la primera media hora salpiqué la charca y me lancé un montón de veces, pero pronto me aburrí: si bien tenía la disposición y la energía para jugar, no resultaba tan divertido

sin mis amigos. Así que subí por la escalera para lanzarme por última vez antes de regresar a casa.

Una vez que aterricé en la charca, vi algo extraño en la parte trasera del colegio, caminando hacia el interior del bosque. Era una persona con cuernos de reno en la cabeza. Después un relámpago centelló y en el bosque solo quedó las cortezas de los árboles que resplandecían como barnizados en aceite mientras las hojas se sacudían con violencia, como un millar de manos que me invitaban a penetrar el bosque. Otro relámpago centelló en los cielos y la charca en la que estaba tirado brilló como una tapa metálica mientras que el colegio, frente a mí, ensombreció sus ventanas y sus puertas; como gritándome que me largara de allí. Y así lo hice, pero no hacia mi casa, sino hacia el bosque. Entonces corrí y corrí lo más rápido que pude para alcanzar aquella silueta con cuernos de reno en la cabeza.

Una vez que llegué a los matorrales en donde la vi desaparecer, encontré en el lodo las huellas de sus pies: tenía tres dedos largos, parecidos a los de una gallina gigante. Otro relámpago centelló y los charquitos empozados sobre las huellas en el barro, brillaron, uno detrás de otro; como un sendero curvado que serpenteaba hacia el interior del bosque, invitándome a seguirlo. Entonces dudé: era de noche, llovía a cantaros, estaba solo y tampoco estaba seguro de lo que había visto; sin embargo, mi corazón palpitaba, pero no de terror, sino de emoción, algo me decía que necesitaba cruzar el bosque o aquello no volvería a suceder. Hoy me alegro y también me entristezco de haber decidido lo correcto, pues, en efecto, nunca más volvió a suceder. Así que me interné en el bosque y seguí por el sendero de las huellas mientras la lluvia caía con mucha más fuerza y algunas ramas me latigaban la cara al caminar. Pronto empecé a sentir frio. Nubarradas de humo, como de cigarrillo, salían desprendidas de mi boca mientas que, en el cielo nebuloso, la constante intermitencia de los relámpagos fotografiaba el interior del bosque con su luz platinada.

Cansado, reposé mi espalda contra el tallo de un árbol grueso cuando escuché los rasguidos de un banjo en la lejanía. Eran notas lentas, pausadas, como si alguien estuviera comprobando el sonido de cada cuerda. De pronto las notas se volvieron más rápidas y una canción acompañó el sonido ametrallado de la lluvia que se compaginaba con el silbido del viento. Luego el frio cesó y mi corazón empezó a latir despacio, calmado, en consonancia con las cuerdas del banjo. Había paz tanto en el interior del bosque cómo en el de mi cuerpo, mi alma. Asomé la cabeza detrás del árbol y, tras unos matorrales altos, noté cómo se asomaban los cuernos de reno que antes había visto descender por la hondonada hacia el lago rodeado de árboles. Impresionado por lo que vi, volví a esconderme con la vista clavada en el suelo, justo allí en donde sus huellas de gallina brillaban como charquitos de mercurio. Luego me agaché y seguí el resto de las huellas que descendían hacia el lago, abriéndome paso por entre los matorrales y los helechos. Al rato de arrastrarme por el suelo, me vi

arropado entre las ramas y los matorrales de un frondoso arbusto y, sintiéndome seguro, volví a asomarme hasta que al fin la vi... la vi a ella…en todo su esplendor.

Ella estaba desnuda y sentada en medio del lago con sus patas de caballo cruzadas, tocando las cuerdas de un banjo. Tenía pies de avestruz y su torso era el de una mujer cualquiera con senos abultados. Su cabello era marrón y quebradizo, parecido a unas lianas delgadas que descendían de su cabeza donde también punteaban ese par de cuernos de reno que se ramificaban hacia el cielo como rayos congelados. Tres pájaros amarillos descansaban sobre los cuernos, picoteando sus alas y chirriando el canto del anochecer. Su rostro era verde y arbóreo, rusticó y agrietada cual corteza de un árbol. Y sus ojos, de un furioso violeta, brillaban al igual que los luceros de un cielo nocturno. Luciérnagas amarillas y fosforescentes pululaban a su alrededor, aureolándola con cierto resplandor inmaculado que la protegía de la lluvia ya que las gotas impactaban contra alguna barrera incolora y cupulada que yo no era capaz de ver. Y así se quedó, tocando el banjo en soledad. Escuchando aquellas notas del banjo, recuerdo, sentirme enamorado. Y con esto no estoy reconociendo que nunca haya amado a mi mujer, a tu abuela, pero tampoco fue mi primer amor como ella asegura, pues, el escozor que sentí en mi corazón era tan nuevo y tan extraño como el suceso que acontecía ante mis ojos.

De pronto ella se levantó y se quedó un momento de pie, flotando sobre las aguas. El banjo también flotó en el aire y el rasguido de sus cuerdas siguió acompañando el sonido ametrallado de la lluvia y el silbido del viento. Entonces las luciérnagas se arremolinaron como bandadas de mosquitos, tintineando y dibujando con sus luces amarillas y fosforescentes, símbolos extraños y notas musicales en el aire. Ahora la lluvia se deslizaba por su cuerpo, humedeciendo sus pechos, el pelaje de sus patas y sus cuernos de reno. Después alzó ambos brazos al aire y empezó a cantar con un tono de voz armonioso, lirico y arcano; tanto era así, que sentí se abrirían las puertas de algún extraño paraíso. Era como si su alma se estuviese escapando de su boca para penetrar en mis oídos; una trasfusión de amor. Ella era un ángel encallado en la tierra que clamaba y convocaba a los espíritus del bosque que, sin duda, la escucharon y pronto la acompañaron en su arcana filarmónica: del cielo encapotado descendieron unas criaturas pequeñas y aladas, parecidas a murciélagos, que cargaban entre sus alas unos pequeños tambores que picoteaban con estruendo, al unísono de su cantar sostenido; de la tierra emergieron hombres tan diminutos como gnomos, con narices afiladas, barbas largas y sombreros altos, tocando violines del tamaño de un dedo meñique cuyos chirridos enaltecían su cantar sostenido; del lago emergieron peces humanoides cuyas piernas escamosas se deslizaban con ternura sobre la superficie mientras que, de sus bocas, escapaban burbujas que explotaban en el aire, entonando el rumor de oleajes espumosos y embravecidos que compaginaban su cantar sostenido; de las hojas de los arboles descendieron insectos coloridos, cuyos aleteos, tan rápidos y fugaces como colibríes,

rasgaron el sonido estrujado de unos aplausos, un millar de aplausos; y en tanto al tallo de los mismos árboles que circundaban el lago, se asomaron sobre sus cortezas unos rostros ancianos y sonrientes, que silbaban y reían por su lirico cantar. Al rato las nubes en el cielo se abrieron, y, de lo alto, descendieron unos rayos, parecidos a serpientes blancas y delgadas que aterrizaron sobre los cuernos de su cabeza en donde reposaban aquellos pájaros amarillos que, al contacto de los rayos, chirriaron el canto del anochecer con mucha más fuerza que antes, enalteciendo su cantar sostenido. El bosque tenía vida y yo, jubiloso, casi me echó a reír a carcajadas; aunque no recuerdo si por locura o por felicidad, apostaría sin dudarlo a que era felicidad.

Tampoco recuerdo cuanto tiempo estuve ahí metido entre los arbustos, mirando y escuchando. Sin embargo, fue mi estornudo el que puso fin a la arcana filarmónica. De repente ella me miró y, al segundo siguiente, solo había arboles corrientes, barro corriente, hojas corrientes, pájaros corrientes y la superficie de un lago agitado por los cráteres que dejan las gotas de lluvia al impactar, pero nada más. Así que me levanté y me fui caminando. No tenía miedo. Estaba en calma, como si hubiera venido de jugar con mis amigos en un día cualquiera. Ni siquiera pensé en ello cuando llegué a la casa, tampoco cuando me desvestí, mucho menos cuando comí y me fui a la cama; pero si lo hice todo el día siguiente, y el siguiente, y el siguiente, y el siguiente hasta el día de hoy, que te lo estoy contando a ti, mijo.

Fin.